

ATHANASIUS

ATHANASIUS

CARLOS BLANCO

DIDACBOOK
E d i t o r i a l



© Carlos Blanco Pérez

© Editorial Didacbook
C/ Sagasta, 6
23400 - Úbeda (JAÉN)
www.didacbook.com

Dirección Editorial:
Miguel Ángel Barbero Barrios

Primera edición, 2016

I.S.B.N.: 978-84-15969-66-2
Déposito legal: J 351-2016

Imprime: Gráficas la Paz de Torredonjimeno.
www.graficaslapaz.com

Impreso en España-Printed in Spain

Athanasius Kircher (1602-1680) fue un matemático, geólogo, filólogo y orientalista alemán nacido en Geisa. Sacerdote jesuita y sabio universal, la amplitud de sus conocimientos alcanzó cotas proverbiales, y se le llegó a llamar “el maestro de las cien artes”. Residió gran parte de su vida en Roma, urbe eterna desde cuyo cálido amparo cultivó sus múltiples intereses intelectuales y escribió docenas de libros.

Índice

<i>Sapientia universalis</i>	11
I) Esquivos deseos	23
II) <i>Unio mystica</i>	117
III) Ignorar y filosofar.....	163
IV) Fe, imaginación, sentimiento	185
V) Lágrimas en un mundo efímero	265
VI) Noche evocadora	289
VII) Una belleza misteriosa	311
VIII) Magna e inescrutable historia	353
IX) Nostalgia del pasado.....	385
X) Un perdón que sane la historia	421
XI) También el arte morirá	437
XII) El tiempo se desvanece	449
XIII) Un mal que inunda la Tierra	485
XIV) La bella luz de la fantasía.....	523
XV) Fragores de duda	531
XVI) Clamor de vida.....	543
XVII) Ansia de libertad.....	555
XVIII) El ser y lo universal.....	577
XIX) Un anhelo que nada sacia.....	599
XX) Una luz que venza toda oscuridad	627
XXI) Jerusalén o Atenas	653
XXII) Una ciudad desconocida.....	711

Sapientia universalis

-“¡Universalidad, tu espíritu ha de ansiar beber del sagrado cáliz de lo universal y rechazar todo viso de angostura, de flaqueza, de empequeñecimiento!”- Retumbaban voces lejanas en la mente de Athanasius, pálpitos de perplejidad, graves fulgores que dimanaban de un foco ignoto y serpenteaban, agrestes, por las inusitadas fluctuaciones que conmovían su pensamiento, como olas coléricas prestas para embestir contra acantilados imponentes. Clamaban por una infatigable y concatenada búsqueda de la totalidad, de lo absoluto y eterno, suspiro que dignificaba su lucha pero compungía su corazón.

Athanasius no discernía adecuadamente lo que en realidad evocaba ese séquito de aullidos nocturnos que aterraría a toda alma bella y serena, y por ello continuó con su exigente trabajo, en cuyos preámbulos llevaba inmerso tanto tiempo. Se trataba de un proyecto de envergadura colosal. Pocos antes que él se habían aventurado, en un ataque de intrepidez impávida, cándida o temeraria, a redactar una *Summa Universalis* que condensara el ingente cúmulo de conocimientos atesorados por los siglos precedentes.

Su mortificada voluntad se desvivía por una aspiración inasequible: la de identificar la unidad subyacente a toda multiplicidad; por ese sueño seminal, noble e inveterado que inflamó a Tales de Mileto en los albores de la filosofía occidental junto a las escarpadas costas de Jonia; por esa pretensión que cultivaron con fertilidad y esmero tantas tradiciones místicas del Oriente y del Poniente, como el *Advaita Vedanta* en la India y la cabalística del *Ein Sof*, fruto fecundo de los desarrollos protagonizados por tantos y tan enigmáticos sabios judíos que pugnaron por acariciar al irrestricto cielo de

lo incognoscible; por esa elevación extática hacia el excelso Uno, superior a todas las categorías, invariable, absoluto y arcano, que postuló Plotino en sus *Enéadas*; por esa tentativa lúcidamente estampada en obras inmortales como la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino, cuyo esquema neurálgico apela a la circularidad recapituladora de lo absoluto (a esa cadena áurea e ininterrumpida que engarza el *exitus* divino, su generosa revelación a la naturaleza y a los hombres, con el *reditus* de todo lo creado hasta los brazos misericordiosos de un Padre celestial, amor que acoge cálidamente a sus hijos pródigos), el *Ars Magna* de Raimundo Lulio y las *Disputationes Metaphysicae* del eximio Francisco Suárez; por la ambición sobrehumana que albergará con inequívoco decoro la mente cósmica de Leibniz, sumida en su búsqueda infatigable de las unidades últimas, del fundamento más recóndito del ser, de esas mónadas sin ventanas, autosuficientes, insondables, astros de inteligibilidad; de esos átomos psíquicos que tejerían la prolija costura cuyo bordado urde la espesa trama del universo; de esa armonía decretada *ab aeterno* entre el orden lógico y el exuberante ámbito de lo real, determinación encapsulada en la sinergia de posibilidad y necesidad; de esa *characteristica universalis* que reduciría la variopinta multiplicidad de los juicios a la imbatible unidad de una lógica todopoderosa; de esa racionalidad inexpugnable que obligaría al mismísimo y omnisciente Dios a escoger el mejor de los mundos posibles; por esa empresa tan ardua, tan desagradecida, tan desazonada, transida de opacidad pero simultáneamente inexcusable, llena de vigor e imbuida de embriagadora hermosura, que motivará a Swedenborg a entrever la hipóstasis del orbe espiritual en la vastedad de la naturaleza; por esa deducción del mundo -que esbozará agudamente Schelling- como prolífica cosecha de la negación libre y de la entrega abnegada de un absoluto dolido en su adusta, eterna e infinitamente apática soledad, cuya contracción bondadosa genera el universo, el florido prado donde prospera con furor la savia de la vida: la feraz planicie que crece hasta encontrarse con el espíritu, con esa libertad que tanto lo inorgánico como lo orgánico reclaman impetuosa y agónicamente, con la luz que sane todo impulso ciego; por esa subsunción hegeliana de todo el pintoresco dinamismo del ser en el despliegue inexorable, exótico y esplendoroso de la idea, que todo lo gesta, absorbe y metamorfosea en su voraz rumbo, y cuya autoalienación le permite obtener su más íntimo autococimiento como espíritu absoluto, con unas raíces heroicamente hundidas en el afligido suelo de la Tierra, mas exaltadas también hasta el más divino y

patrio de los cielos: como la filosofía que, tras haber rebasado el ardor y la voluptuosidad de la intuición artística, trasciende la representación religiosa en la robustez ínsita a todo concepto; como la suave rosa en la áspera cruz del presente...

Lo que Athanasius perseguía no era otra cosa que la reconciliación de todos los opuestos y la integración de todas las frondosas ramas del saber humano, para que el violento y caudaloso río de su inteligencia desembocara en una visión sistemática, elegante y profunda, en cuyos dorados ecos resonara la eterna música de la verdad completa.

¡Con qué placer asumía Athanasius el oculto e impenetrable reto de unificar todo conocimiento, toda ilustración, toda fantasía, y de conquistar la liberación plena del sombrío mundo de las apariencias, de las certezas parciales y de las perspectivas fragmentarias, para así franquear el venturoso y sellado pórtico de lo universal: el atrio que, flanqueado por magníficas y extáticas columnatas, conduce a ese finísimo hilo que todo lo forja con su sigilosa e hilvanada concordia; a la sala hipóstila que protege el *sanctasanctorum* de lo permanente, de lo único dotado de un poder tan esclarecedor como para anegar, milagro de su perfecta luz, el vacío interior que hiere a todo genio! ¡Con qué delicadeza respiraba Athanasius el aroma más fragante y vivificador emanado por la epopeya humana; por esa curiosidad infinita, hialina y reconfortante; por ese viento tan suave que olea acompasadamente los rostros ávidos de novedad con su santo crisma de pureza y fascinación, y cuya templada brisa tonifica las ligeras y veloces alas del espíritu, henchido de un bálsamo de juventud, capaz ahora de sobrevolar toda tierra, todo corazón y todo cielo, preparado para explorar el vasto y aleccionador espacio de lo misterioso, de lo inagotable, de lo imperecedero! ¡Con qué aplomo se destila el elixir de la vida cuando el alma encara un duelo de dimensiones grandiosas e inspiradoras! ¿No fluye entonces libremente la energía, con ductilidad y tersura? ¿No flota sin resistencias el alma inmortal en su más anhelado éter y rema con mansedumbre por el diáfano mar de las ideas? ¿No se invisten el cuerpo y el espíritu de un vigor sobrenatural, rociados de una reciedumbre y humedecidos con un apasionamiento que los catapultan, gracias a artes prodigiosas y seductoras, más allá de las fronteras jalonadas por la imaginación presente? ¿No se asoma la voluntad, la inaprehensible sede del corazón, a un territorio virgen, heroico y titánico, donde sueña con descorrer el velo último que nos separa de la verdad final?

Con la conciencia nítida de que la tarea emprendida colindaba con una de las más osadas utopías del saber, con un designio ante cuya magnitud el mismísimo Aristóteles habría vacilado, Athanasius se dispuso a meditar, con una hondura ágil y dilucidadora, en torno a ese propósito tan inmenso, arcaico y esquivo que regía, entronizado en honor y majestad, el fervor irradiado por su alma, y cuya pujanza báquica inundaba los escenarios más abisales de su intelecto. ¿Lo lograría, o el dolor y la impotencia le impedirían coronar esa letrada cúspide de gloria y transportar el espíritu humano hacia un estadio ulterior, hacia una morada más elevada donde encarnar una bondad docta y angélica?

Se hallaba circundado por una cantidad ciclópea y ecléctica de libros, espejo de la abrumadora versatilidad de sus intereses intelectuales. Una sofisticada legión de volúmenes, obras que abordaban la práctica totalidad de las artes y de las disciplinas alumbradas por el genio de la humanidad, afligranaba su biblioteca, iluminada por antorchas embellecidas con llamas inestables y sinuosas, cuyos rayos insuflaban un aire de romántico secretismo a esos modestos aposentos.

De la pluma del propio Athanasius Kircher habían brotado numerosas creaciones. Muchas encandilarían a todo espíritu subyugado por los saberes iniciáticos, como *Specula Melitensis Encyclica sive Syntagma Novum Instrumentorum Physico-mathematicorum* (publicada en Mesina en 1638, a petición de los caballeros de la Orden de Malta), *Magnes sive Ars Magnetica*, *Ars Magna Lucis et Umbrae* (sazonada de notables reflexiones sobre la naturaleza de la luz), *Musurgia Universalis sive Ars Consoni et Dissoni*, *Oedipus Aegyptiacus* (¡qué triste, sin duda, tanto sacrificio malgastado en su estéril tentativa de desciframiento de los jeroglíficos egipcios, cuya consumación sólo acaecerá casi dos siglos después, gracias al talento de Jean François Champollion y a la imponderable contribución de la piedra de Rosetta!), *Itinerarium extaticum sive opificium coeleste* y, por supuesto, su célebre *Mundus subterraneus*, que a tantos embrujó por sus consideraciones sobre ese orbe que yace, vibrante y subrepticio, bajo nuestros pies.

En los estantes se aglomeraban gramáticas y diccionarios de siríaco (Athanasius había impartido clases de esta lengua en el *Collegio Romano*, germen de la Universidad Gregoriana, que tanta gloria infundiría a la actividad educadora de los jesuitas), copto (Kircher escribió *Prodromus Coptus sive Aegyptiacus*, pionero en la introducción y diseminación de la coptología

entre los eruditos europeos), armenio (un monje, nativo de la región de Vaspurakan y especializado en la recopilación de las obras del poeta y místico San Gregorio de Narek, se la había prestado en un viaje a Roma), etiópico, samaritano, hebreo, arameo (¿no le habría entusiasmado a Athanasius residir en aldeas como Malula, a fin de familiarizarse con los entresijos gramaticales, léxicos y fonéticos de este idioma cuya pureza exhalaron los labios del mismísimo Jesús de Nazaret?) y persa. La edición del Nuevo Testamento de Erasmo de Rotterdam se amalgamaba con la *Biblia Políglota* de Amberes (comisionada por Felipe II y también denominada *Biblia Regia*) y con un ejemplar del Talmud de Babilonia publicado por Daniel Bomberg en Venecia entre 1520 y 1523.

Athanasius contaba con una copia de la *editio princeps* de la Biblia rabínica (*Mikraot Gedolot*), codificada por el erudito masoreta Jacob ben Hayim a expensas de un grabador oriundo de los Países Bajos, y con otra versión del Talmud, difundida por un judío de origen portugués, Immanuel Benveniste, nacido -por emigración forzosa- en Holanda, e impresa en Amsterdam entre 1644 y 1648. Una pila de opúsculos sobre teología nestoriana, cuidadosamente catalogados y de refinada encuadernación, básicos para sus pesquisas (de inadvertidas repercusiones sinológicas) sobre la presencia de este grupo cristiano en inopinados enclaves de la Ruta de la Seda, entreverados con una selección de palimpsestos bizantinos de autoría incierta (algunos congregados por el escribano Juan Myronas en la Constantinopla del siglo XIII), se hacían junto a manuales de astrología caldea, a papiros demóticos, sahídicos y bohaíricos, a códices litúrgicos latinos acompañados de coloridas y piadosas miniaturas, a tratados estoicos extraídos de la extinta Biblioteca de Pérgamo, a disertaciones sobre el simbolismo inherente a la matemática de los pitagóricos y a una copia manuscrita -obtenida en inverosímiles circunstancias- de la *Relación de las Cosas del Yucatán*, del franciscano español Diego de Landa (¿quizás Athanasius se había ya embarcado en el análisis meticuloso de ese abanico de ciencias cultivadas por las civilizaciones precolombinas?).

Un misionero que había visitado recientemente Alepo, y cuyos esfuerzos se concentraban ahora en el estudio de la versión siríaca clásica de la Biblia, le había facilitado una estética edición de la *Peshitta* que sobresalía de una de las repisas principales, adyacente a la *Recognitio Veteris Testamenti ad Hebraicam Veritatem*, de Agostino Steuco, y a la *Vulgata Sixtina*. Gracias a un bibliotecario de Wolfenbüttel (quien negoció, a su vez, con libreros y

comerciantes de raíces toledanas), Athanasius había conseguido un compendio de textos árabes de Avicena y Averroes. Incluía el *Tabafut al-Tabafut*, destinado a rebatir las tesis de Algacel, así como los comentarios del sabio cordobés al *Corpus Aristotelicum*, en particular a los tratados *De Anima* y *De Coelo*. Figuraban también glosas marginales a la *Metafísica* del Estagirita, en cuya lectura (sin soslayar la del *De Natura Deorum* de Cicerón y la del *De Materia Medica*, de Dioscórides) se hallaba sumido en ese preciso instante nuestro hombre.

La luz desprendida por los rutilantes caracteres arábigos inscritos en los bordes de una antología de místicos sufíes (aderezada con fragmentos de *Al-Futuhat al-Makkiyya*, de Ibn Al-‘Arabi, y de composiciones poéticas de Rumi, incorporaba los pasajes más conspicuos del *Masnawi*, cima de la literatura persa) despuntaba en una de las baldas de la biblioteca, junto a la *Flos Sanctorum* del dominico italiano Jacobo de la Vorágine, al *Itinerarium Mentis in Deum* de San Buenaventura y a enciclopedias precursoras como la *Naturalis historia*, de Plinio el Viejo, las *Etimologiae* de San Isidoro de Sevilla y el *De Rerum Naturis* de Rabano Mauro. Ejemplares del *De Sphaera*, de Juan de Sacrobosco, así como de la famosa *Geometria Practica* del padre Christopher Clavius (eminencia señera, al igual que Aloysius Lilius, en la reforma gregoriana del calendario), se amontonaban con almanaques astronómicos elaborados por otros matemáticos ilustres de la Compañía de Jesús, como Christoph Grienberger y Odo van Maelcote. El *Opera Omnia Medico-chemico-chirurgica* de Paracelso, que acababa de publicarse en Ginebra en tres volúmenes, descollaba primorosamente en la ménsula adosada a una de las esquinas de la biblioteca. En la obra del controvertido médico y astrólogo suizo, Athanasius adivinaba reminiscencias del concepto de *anima mundi*, estrechamente conectado con las inexhaustas especulaciones neoplatónicas. Contiguas, se distinguían valiosísimas copias del *De Divina Proportione*, del geómetra, aritmético y ajedrecista italiano Luca Pacioli, y del *De Occulta Philosophia Libri Tres*, del teólogo, mago, ocultista, astrólogo, alquimista, numerólogo, cabalista y nigromante Heinrich Cornelius Agrippa von Nettesheim. Editado en París en 1567, lo engalanaban dibujos esotéricos, como el de un pentagrama en cuyo perímetro se perfilaba la grácil silueta de un hombre, plasmación de las medidas anatómicas, tan ideales y calibradas, que sugiriera el arquitecto e ingeniero romano Vitruvio en *De Architectura*.

Athanasius vivía fascinado por el hermetismo y la superabundancia de sus derivaciones, por esa mezcla sincretista de enseñanzas y supersticiones de índole dispar (órfica, pitagórica, neoplatónica..., sin relegar los vestigios de ritos místicos de época romana y de tradiciones alquímicas) atribuidas a Hermes Trismegisto y ordenadas a la purificación del alma mediante la intelección de la sabiduría más profunda del mundo antiguo. Había devorado el *Compositum de compositis* de San Alberto Magno, el *Novum Lumen Chemicum* de Sendovigius y el *Atalanta Fugiens* de Michael Maier. Tan poderosa atracción, abrigada ya en su época de estudiante en Coblenza, Heiligenstadt y Maguncia y afianzada en su etapa docente en Espira y Wurzburg, se evidenciaba en un abultado ejemplar de la traducción latina confeccionada por el humanista Marsilio Ficino, bajo el mecenazgo de los Médici y los auspicios de la Academia Platónica de Florencia. Sonoras habían sido las polémicas investigaciones del erudito ginebrino de origen hugonote Isaac Casaubon, cuyo pormenorizado estudio del *Corpus Hermeticum* parecía indicar que el griego empleado en esos escritos no podía remontarse a fechas tan tempranas (solía datarse en el apogeo de los faraones egipcios) como se había conjeturado hasta entonces.

Escritos teológico-dogmáticos y filosóficos, como las *Sentencias* de Pedro Lombardo, el *De Nominum Analogia* del cardenal Cayetano y las *Disputationes de Controversiis Christianae Fidei adversus hujus Temporis Haereticos* de Roberto Bellarmino, obras matemáticas de Girolamo Cardano y François Viète, así como estudios histórico-críticos de Joseph Justus Scaliger, armaban también su vasto y sólido fondo bibliográfico.

Objetos llamativos de toda clase ornamentaban los colmados anaqueles que componían la biblioteca athanasiana: esferas armilares, vidrios esmerilados que imitaban el instrumental utilizado por los alquimistas tardo-medievales, en su perseverancia enloquecedora por transmutar cualquier metal en oro; un repertorio de rarezas geológicas que exhibían polifacéticas configuraciones morfológicas de lavas volcánicas, aptas para ilustrar su indagación sobre la edad de la Tierra y recogidas durante su expedición al humoso cráter del Vesubio, junto a las gigantescas ruinas de Pompeya y Herculano, adonde se dirigió para calcular su aterrador tamaño provisto de un novedoso “pantómetro”; aquilatados astrolabios que habían orientado a grandes navegantes en sus periplos por prístinos mares, adquiridos en diversas ciudades europeas a través de extraños intermediarios (muchos de ellos procedían de coleccio-

nes reales); antigüedades grecolatinas, probablemente desenterradas en yacimientos dispersos por el Lacio; mármoles, de disputada extracción frigia, que habían conformado las hojas de acanto de unos pulcros capiteles corintios, perlas para dignificar un templo otrora emplazado en las estribaciones de Éfeso, joya de Asia Menor; estatuas fenicias y efigies cuyos tintes estilísticos remitían a la enigmática cultura etrusca; un muestrario de *ushebtis* provenientes de tumbas tebanas, comprados a un mercader chipriota afincado en Nápoles; relojes de arena barrocammente abovedados, cuyas chispas granulares obligaban a fijar la vista ávida en el centelleo de su brillo resplandeciente e inconcluso, cuan presagios aciagos de la fugacidad irrecusable que moldura el tiempo y de la siniestra constancia que derraman las silentes cascadas de una muerte ávida por exhumar la angustia del hombre...

Destacaba también, por su cautivadora sencillez, un *Ecce Homo* renacentista que invitaba, ferviente y melancólico, a incoar una oración profunda y sincera a lo trascendente y siempre misterioso, a la fuerza inspiradora de lo desconocido. Athanasius, el sabio, poseía un único e indiviso corazón, en cuyo titubeante seno convergían el ansia de entendimiento y la elevación sentimental del alma a unas alturas invisibles; las fustigaciones de una razón y de una fe no hermanadas invadían un espíritu inevitablemente atormentado, ascéticamente torturado, reiteradamente flagelado, dueño de lechosas alas segadas por la ambivalencia de la vida, quien sin embargo anhela el pináculo de la unidad, de lo indiferenciado, de lo simple, verdadero y bello; de esa paz que sólo el cielo otorga a un ser ya fatigado... Es él: es Athanasius Kircher, es el matemático, es el lingüista, es el geólogo, es el biólogo, es el botánico, es el físico, es el alquimista, es el historiador, es el astrónomo, es el explorador, es el filósofo, es el teólogo, es el ocultista; es esa síntesis del niño piadoso, postrado en su pudoroso reclinatorio, y del docto teólogo, devotamente arrodillado ante el supremo Señor del universo que todo lo impregna con el infinito hálito de su espíritu, quien en sus últimos días se afana en erigir el *Santuario della Mentorella*, gesto memorable de honda religiosidad en honor de la beatísima Madre del omnisciente y humilde Redentor, edificado en la verdosa cúspide de la colina Sabina, a las campestres y rústicas afueras de una Roma eterna.

En su mesa se agolpaban decenas de epístolas enviadas desde las más remotas regiones de la Tierra. Con simpatía leía Athanasius un mensaje lle-

gado desde China, misión oriental a la que habían sido destinados algunos de sus compañeros jesuitas, diligentes discípulos de San Francisco Javier y del padre Mateo Ricci. Le sorprendió gratamente recibir un exquisito sobre lacrado que custodiaba una misiva emitida por Leopoldo I de Habsburgo, sacro emperador romano germánico, rey de Hungría y monarca de Bohemia, esmerado políglota y poseedor de un notable acervo científico, humanístico y artístico, cuyas palabras palatinas lo exhortaban a proseguir con sus averiguaciones sobre la geología del mundo subterráneo. Una carta de Gian Lorenzo Bernini solicitaba su colaboración en la traducción de los jeroglíficos de un obelisco milenario que mistificaba la inmortal ciudad de Roma (uno de estos trabajos cristalizaría en el libro kircheriano *Obeliscus Pamphylus*, de 1650), cuna de cultura y de aspiraciones, receptáculo que encumbra la herencia, la gloria y la hermosura prodigadas por tantas civilizaciones a lo largo de tantos siglos.

Indómito, un torrente bravío de erudición saturaba la desbordante enormidad de su espíritu. Ante su alma no cesaban de inaugurarse los más holgados horizontes, y en cada idea, en cada nueva lengua y en cada flamante descubrimiento, vislumbraba tenues rúbricas consagratorias de esa felicidad que con tanto celo impetraba: la epifanía de un don divino y hermético. Denodadamente suspiraba por sondearlo todo, por comprenderlo todo, por escrutarlo todo... Amena, mas ineluctablemente breve, se mostraba la intensidad de su regocijo, porque lo finito jamás desvela la solitaria faz de lo infinito: Athanasius somos todos. Por suntuoso, lo aprendido se nos antoja siempre insignificante, triste, desmoralizador, minúsculo y lacónico ante la magnificencia de lo que todavía ignoramos. Todo paso se convierte en un tímido y dosificado sumergimiento en aguas de profundidad inabarcable, porque de poco o de nada sirve desentrañar el sentido de algo, cuando la maravillosa esfera de inteligibilidad que ante nosotros se alza, solemne e indoblegable, nos supera ilimitadamente. ¿Y quién entiende la tragedia deparada a cuantos han dedicado su vida a bucear en el infinito océano del conocimiento, desconsolados al percatarse de que su ilusión es vana, y ni todo el saber del mundo, ni todas las verdades de la ciencia fundidas en el crisol del arte más sublime, aplacarían a un espíritu sediento de amor, deseo que ni siquiera un dios sacaría por entero?

Irrumpió el más súbito de los acontecimientos, y pocos podrían reproducir, con fiel exactitud, las vicisitudes precisas y abruptas que vertebran y enaltecen nuestro relato. Lo cierto es que una cohorte inasible de sueños severos e insólitos se precipitó repentinamente sobre el alma de Athanasius, quien a partir de ese incapturable y codiciado infinitésimo de tiempo vagó por todos los territorios que trenzan la imaginación humana. Ante él desfilaron convulsos sueños de ansiedad, de gratitud, de piedad, de profecía, de embelesamiento celestial, de recriminación y de nostalgia. Nuestro hombre sintió, padeció, admiró... ¿Cómo pueden unos labios que tan sólo besan finitud proclamar con justicia todo cuanto Athanasius, el gran y célebre Athanasius Kircher, maestro de las cien artes, reverenciado en toda Europa por las más preclaras luminarias, personificación de ese anhelo de sabiduría que nutre la confusa odisea humana, palpó tras semejante entrelazamiento de visiones perturbadoras y de idílicos soliloquios, al amparo de infinitas musas? ¿Acaso la debilidad irrevocable que avasalla nuestra inteligencia constituye una herramienta idónea, un faro y una brújula para internarse en la sustancia genuina que dulcifica un cónclave de experiencias tan insignes, esa pléyade de fantasías y esa apoteosis de reflexiones que por un instante lo situaron, como a aquel santo abad de Leire, en los indecisos senderos de la eternidad?

Con Athanasius, con un espíritu cuyo efluvio mirífico arropa a quienes siempre han añorado la totalidad, surquemos ahora ese mundo fabuloso donde confluyen todas las ideas y se vuelcan todos los sentimientos. No temamos desafiar géneros, cánones y jerarquías: amemos sólo la belleza pura, la profundidad pura y el cielo puro.

La levedad de ningún verbo humano accede al más secreto de los firmamentos, tranquila esfera por la que se desliza el perfume de lo intemporal: a ese reino donde se erosiona y quebranta la temblorosa divisoria que escinde lo pretérito de lo venidero, y donde todo se otea con la inocencia de una luz que dispensa frescura inextinguible, haz que nos traspasa con su primicia absolutoria, inderogable y rejuvenecedora. Para extasiarse, el sabio sólo necesita contemplar la ciencia, la bondad y la hermosura con una mirada limpia y un corazón abierto, y ninguna dicción emula lo que habrían de atisbar ojos divinos, testigos de una primavera perenne y magnánima. Ninguna palabra, ninguna poesía; ninguna ambición, por excelsa, de amor y de sosiego narra lo indescriptible, ni inhala transcendencia, ni cartografía cabalmente la constela-

ción de las esperanzas más profundas y ennoblecedoras que hospeda el espíritu del hombre. La auténtica belleza es vida, no letra muerta. La belleza que no expresa nada y es palabra hueca pero deslumbrante muere sin transformar el corazón humano, como un vacío fuego de artificio efímero. Ni siquiera ese frenesí estético con cuyos lauros de sensibilidad nos deleita la naturaleza se parangona a las intuiciones inefables que ensalzan el alma humana, vocablos enmudecidos que la enajenan a su verdadero paraíso. Sin embargo, siempre precisaremos del lenguaje para transmitir los frágiles destellos de lo inconceptualizable, y es aquí donde entibian munificencias, dramas y expiaciones del hombre...